



## *David Copperfield*

Charles Dickens

En esta época de mi vida, vivía en mis habitaciones en Buckingham Street, en el Strand, en Londres, y estaba enamorado hasta las cejas de Dora. Vivía sobre todo de Dora y de café. Perdí el apetito, y me alegré, pues me daba la sensación de que habría sido desleal a Dora si hubiese disfrutado de mi comida. Compré cuatro lujosos chalecos: no para mí —que me traían sin cuidado—, sino para Dora. Me acostumbré a llevar guantes de cabritilla de color paja por la calle. Eché los cimientos para todos los callos que tuve después. Si pudiera sacar ahora las botas y compararlas con el tamaño natural de mis pies, se vería de forma enternecedora cuál era el estado de mi corazón.

La señora Crupp, la casera de mis habitaciones, debía de ser una mujer aguda, pues cuando apenas llevaba enamorado unas pocas semanas ella lo descubrió. Una noche en que estaba muy desanimado fue a verme para preguntar (pues ella padecía de espasmos) si podía darle un poco de tintura de cardamomo con ruibarbo, aromatizada con siete gotas de esencia de clavo; o, si no tenía semejante mejunje a mano, un poco de brandy. Como yo nunca había oído hablar de la primera medicina, pero siempre tenía la segunda en el armario, le di a la señora Crupp una copa de la segunda, que (para que yo no pensara que pensaba darle otro uso) empezó a beber enseguida.

—Anímese, señor —dijo la señora Crupp—. Discúlpeme, pero sé lo que le pasa, señor. Hay una señorita de por medio.

—¿Señora Crupp?

—¡Oh, bendito sea! ¡No se desanime, señor! ¡No hay que rendirse! Si ella no le sonrío, hay muchas que sí lo harán. Es usted un caballero al que apetece sonreírle, señor Copperfull, tiene que aprender lo que vale, señor.

La señora Crupp siempre me llamaba Copperfull: en primer lugar, no me cabe duda,

porque sabía que no me llamaba así; y, en segundo, me inclino a pensar que por alguna oscura asociación con el día de la colada. *(En este punto, debemos decir que, en esa época, la ropa se lavaba en una especie de barreños de cobre y, en inglés, “cobre” se dice “copper”).*

—¿Qué le hace pensar que hay una joven de por medio, señora Crupp?

—Señor Copperfull, yo también soy madre. Sus botas y su cintura son igual de pequeñas, no come lo bastante y apenas bebe. Señor, he lavado la ropa de otros caballeros antes que la suya. El caballero que murió aquí antes de que viniera usted también se enamoró, de una tabernera, y me daba los chalecos para lavar, aunque muy hinchados por la bebida.

—Señora Crupp, le ruego que no piense que la joven en este caso es una tabernera ni nada por el estilo, por favor.

—Señor Copperfull, yo también soy madre y no cometería ese error. Le pido perdón, señor, por entrometerme. No querría entrometerme si no soy bienvenida. Pero es usted un joven caballero, señor Copperfull, y mi consejo es que se anime usted, señor, que no pierda la esperanza y sea consciente de lo que vale. Si buscara usted algo con lo que entretenerse, como por ejemplo los bolos, que es una diversión muy saludable, se distraería y le sentaría muy bien.